



MÉXICO BAJO EL SILENCIO

FERNANDO SCHÜTTE ELGUERO

En los primeros meses del gobierno de la presidente Claudia Sheinbaum, México ha ingresado en una etapa política donde el poder no se disputa, la narrativa no se contradice y los hechos incómodos no se mencionan. Vivimos, en términos prácticos, un gobierno sin contrapesos y obviamente, sin transparencia y que ha optado por el silencio como forma de control. El caso del buque Cuauhtémoc, los asesinatos recientes vinculados al Poder Judicial, la desaparición del debate sobre seguridad nacional e inteligencia, y la enigmática y muy desagradable reaparición de Andrés Manuel López Obrador son apenas algunos ejemplos de un patrón cada vez más evidente: el gobierno no informa, y nadie exige que lo haga.

El 2 de junio, en plena veda electoral, circuló un video en el que se instaba a votar "por la continuidad y por la transformación" desde la cubierta del buque escuela Cuauhtémoc, embarcación oficial de la Armada de México. La escena, cargada de simbolismo patriótico y militar, fue difundida por redes afines al oficialismo, pero nunca fue aclarada por la Secretaría de Marina. ¿Quién lo grabó? ¿Fue un acto espontáneo o una operación política? ¿Por qué una civil estaba a bordo de la embarcación y agradeciendo a Claudia Sheinbaum esa "oportunidad"? Hasta hoy, ni una palabra.

El silencio gubernamental ante la utilización de una embarcación oficial para fines electorales demuestra la descomposición institucional: el ejército y la marina se han convertido en actores políticos activos, y ya no sienten la necesidad de disimularlo. La omisión de cualquier explicación por parte del gobierno muestra que ni siquiera se considera necesario rendir cuentas.

En mayo pasado, dos figuras vinculadas al equipo de Clara Brugada (su secretaria particular y uno de sus asesores principales), fueron asesinadas en circunstancias aún no esclarecidas. Doce líneas de investigación fueron abiertas, según la fiscalía capitalina, pero ninguna ha sido transparentada.

Lo grave no es solo el crimen, sino la forma en que el gobierno ha decidido manejarlo: con silencio institucional y narrativa mínima. Las autoridades locales intentaron minimizar el hecho, y la Presidencia de la República se abstuvo de emitir postura alguna. La prensa oficialista también optó por ignorarlo. Como en otros casos, la consigna parece ser: si no se menciona, no existe.

Durante las campañas, el tema de la seguridad pública fue esquivado sistemáticamente. Ni Sheinbaum ni sus opositores pusieron sobre la mesa un diagnóstico realista ni una propuesta concreta. El conflicto interno entre el general Trevilla, secretario de la Defensa Nacional, y Omar García Harfuch, titular de la Secretaría de Seguridad Pública, ha quedado fuera del radar mediático. La militarización de la inteligencia, la desactivación de mandos civiles, la centralización del control en mandos castrenses... todo esto sigue en marcha, pero sin oposición ni cuestionamiento.

Lo más alarmante es la parálisis: no hay estrategia de seguridad pública clara, no hay cifras, no hay informes. La crisis está, pero no se nombra.

Uno de los aspectos más preocupantes del nuevo sexenio ha sido la virtual desaparición del sistema civil de inteligencia y contrainteligencia nacional. Desde la elección de Sheinbaum, se han cerrado oficinas clave, suspendido operativos de vigilancia, y marginado a analistas civiles. En su lugar, el poder se ha entregado a los mandos castrenses, que operan con criterios de defensa más que de seguridad interna.

El Centro Nacional de Inteligencia está hoy paralizado. La plataforma de alertas de amenazas críticas en Iztapalapa ha sido desactivada. Las áreas de análisis estratégico han sido vaciadas. El aparato de inteligencia civil ha sido entregado al Ejército y la Marina, sin marco legal, sin regulación, sin escrutinio.

En este paisaje de sombras, la figura de Andrés Manuel López Obrador reapareció solo una vez, pero de manera contundente. Durante las elecciones del Poder Judicial. Su intervención, aunque breve y cuidadosamente calculada, envió un mensaje claro: el verdadero poder sigue siendo suyo.

Su presencia en ese momento específico no fue casual. Se trataba de una reforma clave para consolidar el control del Ejecutivo sobre el aparato judicial. Al aparecer, López Obrador mostró que sigue moviendo los hilos desde fuera del cargo, pero dentro del poder. No está retirado, está replegado. No ha cedido el mando, solo lo administra a través de Sheinbaum.

Este tipo de reapariciones no buscan visibilidad constante, sino presencia simbólica y control táctico. En un sistema sin oposición real, basta con un gesto, una frase, una aparición cuidadosamente dosificada para reactivar la obediencia.

Sheinbaum gobierna con el título, pero la voz que aún impone la línea es la suya. Detrás del trono, sigue sentado el presidente que nunca se fue.

@FSchutte